

NATHALIE LÉGER
El vestido blanco

TRADUCCIÓN DE VANESA GARCÍA CAZORLA



El vestido blanco

NATHALIE LÉGER

TRADUCCIÓN DE VANESA GARCÍA CAZORLA



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Titulo original
La robe blanche

© P.O.L. ÉDITEUR, 2018

Primera edición: 2023

Traducción

© VANESA GARCÍA CAZORLA

Imagen de portada

© RUTH GWILY

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2023

América, 109

Parque San Andrés, Coyoacán

04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

Calle Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Formación

GRAFIME

Impresión

COFÁS

ISBN: 978-84-19261-48-9

Depósito legal: M-3841-2023

Impreso en España

INSTITUT
FRANÇAIS

Espagne

Esta obra se benefició del apoyo de los Programas de Ayuda a la Publicación del Institut français



El apoyo de la Comisión Europea a la producción de esta publicación no constituye una aprobación del contenido, que refleja únicamente las opiniones de los autores, y la Comisión no se hace responsable del uso que pueda hacerse de la información contenida en ella

—Estoy aquí para intentar reparar esta injusticia —dijo, sin embargo, en voz baja, como quien trata de justificarse.

—¿Repararla? ¿Cómo? ¿Con qué?

IMRE KERTÉSZ, *El buscador de huellas*^{*}

* Relato incluido en *La bandera inglesa*, traducción de Adan Kovacsics, Acantilado. [Todas las notas son de la traductora]

A veces, en esos momentos vacíos en los que ni preocupación ni placer alguno se apoderan de nuestra mente, cuando ningún asunto absorbe nuestra atención, ni por deber ni tan siquiera por esparcimiento, cuando mirar ya no es suficiente y quedarse de brazos cruzados es imposible, hemos de regresar a una de esas preguntas sin respuesta que hemos dejado de lado: encendemos la luz del apartado cuarto donde la hemos arrinconado, y ahí está, aguardándonos, esa minúscula pregunta.

Quizá todo se remonte al enorme tapiz que colgaba en el comedor y dominaba nuestras comidas, *El asesinato de la dama*, inspirado en una de las tablas que Sandro Botticelli pintó por encargo para un regalo de bodas.* Al fondo un jinete, armado y acompañado

* Se refiere a la segunda de las tres tablas expuestas en el Museo del Prado bajo el título genérico de *Escenas de «La historia de Nastagio degli Onesti»*.

de unos perros ladrones, persigue a lo largo de una sombría costa a una mujer despavorida que intenta sustraerse a los golpes asesinos del hombre; un retazo de tela, lo que queda de su vestido hecho jirones, flota en el aire mientras corre; casi podemos oír los gritos, los jadeos, el aliento cortado de puro terror, al mismo tiempo que, en primer plano, su cuerpo, ya desgarrado, yace en el claro mientras el hombre, agachado a su lado, le hunde el acero en la herida abierta y le arranca las vísceras con ambas manos. Al fondo, la huida; delante, el asesinato. La escena gira y vuelve a empezar incansablemente bajo un lívido cielo que se filtra en la espesura. Ese inmenso tapiz, que fue a parar a una de las paredes de nuestro comedor tras una serie de herencias malintencionadas o negligentes, está lastrado por el peso del polvo y su raído bosquejo configura una naturaleza asolada, envuelta en una granulada grisura sobre la que únicamente los cuerpos se recortan con una vivacidad carnívora. Debajo, mi madre, apartando los vasos y las jarras, tendiendo la mano a mi padre en señal de perdón.

Día tras día, mientras la vida familiar continuaba armoniosamente su curso pese al rumor latente de la amenaza, mientras persistían los desapacibles silencios, mientras se perpetuaban unos gestos hechos en vano, gestos de apaciguamiento o de reconciliación esbozados en un espacio que ya estaba subrepticamente

saturado, no cesábamos de identificarnos, sin ni siquiera advertirlo, con aquella enormidad que pendía sobre la mesa familiar. Identificarse o imitar: la diferencia no está clara. Miramos un rostro y somos ese rostro, somos sus gestos, el gesto de súplica, el impulso de huida, el acto homicida; repetimos en nuestro fuero interno todos los gestos, incluso los más insignificantes; pensemos lo que pensemos, reproducimos los actos, incluso los más destructivos. Eso es lo que dicen los científicos: el cerebro de quien mira imita todos los gestos de la persona que tiene delante. Creemos que miramos distraídos, pero imitamos los gestos a nuestro pesar. Somos ese pequeño cuerpo que huye bajo la amenaza mientras algo en nuestro interior flota como un fino velo blanquecino, flota y revolotea, insulso, obstinado, trazando ya el contorno de las entrañas.

Quiero concentrarme. Hay dos vestidos. Tardé mucho tiempo en conocer este dato. Uno, de un blanco immaculado, se quedó en Milán, y el otro, raído, sucio, hecho una lástima debido al viaje, impregnado de vivencias, aparece en una comisaría de Estambul, formidable pieza de convicción que yace, desmembrada como un insecto muerto, sobre unas hojas de periódico en el suelo.

Al final de su vida, mi madre quiere disipar las dudas que la acechan. ¿Había sido víctima de una injusticia o era ella misma la responsable de su desolación? Conozco bien ese sentimiento, tanto es así que podría afirmar que esa desolación es también mía, pero eso sería decir demasiado sobre el transparente misterio que envuelve la propagación de los sentimientos y, además, prefiero identificarme con un tapiz que con el contorno borroso del cuerpo de mi madre. No hace falta que me cuente lo que pasó, pues yo estaba allí, así que al final le digo: estarás de acuerdo conmigo en que la tuya era una desolación normal y corriente, ¿o no? Está de acuerdo, pero no por eso dejaba de ser una desolación.

A falta de poder comprenderlos, debemos tomar en serio los actos más descabellados. Andaba absorta en tales cavilaciones cuando oí hablar de una artista italiana que, a todas luces, había hecho algo absurdo. A lo largo de 2008, la prensa italiana fue informando de los detalles de su *performance*: había salido de Milán vestida de novia con la intención de llegar a Jerusalén haciendo autostop a través de los Balcanes, Bulgaria, Turquía, Siria, Jordania y Líbano. Un presentador de televisión señaló de manera escueta que aquella joven artista había cometido el error de confundir el arte y la vida. Con la mirada sombría aunque absorta en el telepóster y la expresión de repente

malhumorada, fingió ignorar que todo es siempre confuso, que todo es siempre nebuloso, inextricable, y que tal vez lo es aún más en el momento en que creemos que nos ilumina la más algorítmica claridad, ¿es preciso que enumere los ejemplos más palmarios? Y de ese modo, decidiendo a mi pesar que haría de esa confusión el vacilante objeto de mi investigación, confiando en el destello amortiguado que surgió silenciosamente en los bastidores de mi mente durante la retransmisión de aquel telediario, me interesé por la historia de aquella joven, aunque —y probablemente por esa misma razón— hubo quienes me dijeron que tampoco estaba tan claro que fuera una artista: según algunos, era una idealista, una mística de nuestro tiempo, una excéntrica encantadora, la animadora de alguna organización; pero, según otros, era una hija de la vieja aristocracia milanesa que buscaba la redención de una larga genealogía colaboradora con el fascismo, y, según otros tantos, era una joven imaginativa con una fuerte personalidad, una chica tenaz, comprometida, generosa, imprevisible, con un toque de locura alegre y contagiosa. Por suerte, nada de eso estaba del todo claro.

No deja de ser una desolación, repite mi madre. Estamos paseando por los alrededores de nuestra antigua casa en el cabo. De buenas a primeras, nos asalta el aroma de las adelfas y los cipreses, que más abajo, en